

# Entrevista con Mario Vargas Llosa

**N**OS ha parecido que en un número como el que en esta ocasión dedica «Cuenta y Razón» a Iberoamérica y en especial a sus problemas políticos era muy interesante acudir al juicio de uno de los más importantes intelectuales iberoamericanos, Mario Vargas Llosa, cuyo compromiso con su país en su situación presente es bien conocido. La entrevista que incluimos a continuación forma parte de otra mucho más extensa que se incluye en «Retrato de Mario Vargas Llosa» que será editado próximamente por el Círculo de Lectores y que fue realizada el pasado verano en Londres por Javier Tusell, director de nuestra revista.

En Londres, Mario Vargas Llosa vive en un apartamento en un barrio recoleto pero situado no muy lejos de Brompton, una calle comercial siempre concurrida. En la sala de estar, desde donde se ve la cúpula de Brompton Oratory, hay cuadros de pintores españoles e hispanoamericanos muy conocidos: Tapies, Botero... Hay sobre todo libros, los esperables en una persona de sus aficiones: no sólo clásicos como Victor Hugo, sino libros sobre el escritor francés. En el escritorio, folios con el trabajo en curso, apuntes nerviosos de una obra en el telar; sobre él, un pequeño busto de Flaubert.

*—En una ocasión, tú dijiste aquella frase tan bonita de que «La literatura es fuego». ¿Sigue siendo fuego para ti hoy? Quiero decir ¿hay una continuidad entre tu compromiso tal como lo sentiste cuando te iniciaste como escritor y el que tienes ahora mismo?*

—Mira, yo sigo creyendo que la literatura es fuego, sin ninguna duda; sigo creyendo que la literatura es fundamentalmente una contestación a la realidad y que, a través de la literatura, lo que se expresa es una rebeldía, una crítica, un cuestionamiento profundo de la realidad, la creatividad que se manifiesta en la literatura es fundamentalmente la creatividad del disidente, el hombre que, de esa manera confusa, incierta, un poco a ciegas, que es la creación literaria, protesta contra las insuficiencias de la vida, contra lo que, en el mundo, no acaba de contentarlo o ha hecho de él un descontento. Estas ideas, son, sobre todo de Bataille que, en cierta forma, seguramente, las tomó de Freud: la idea de que para vivir en sociedad el individuo tiene que mutilarse, tiene que renunciar a su soberanía absoluta, tiene que renunciar a muchas cosas, para que la vida en comunidad sea posible. Todo esto hace del individuo un ser con unas frustraciones y con unas represiones que tienden a salir y a aparecer de algún modo. La literatura es el vehículo privilegiado para que se exprese toda esa soberanía reprimida, todo aquello que, sin formar parte de la vida en sociedad, convertiría a

la sociedad en un apocalipsis y haría la vida, seguramente, imposible. Creo que la literatura debe expresar todo aquello que anda mal y mostrar constantemente el descontento del mundo. Creo que eso es lo que la literatura nos da a nosotros. La literatura nos fascina y un libro nos seduce cuando salimos de él convencidos de que la vida es más pobre de lo que pensábamos y ese libro nos lo demuestra: ese libro nos ha mostrado la posibilidad de una riqueza, de una abundancia de ideas, de experiencias, de sensaciones, de sentimientos, que en nuestra miserable vida cotidiana, no se da. Sí, no tengo ninguna duda, en eso no creo haber cambiado. Creo que mi idea de la literatura se ha matizado y se ha enriquecido, dentro de una fidelidad casi absoluta a lo que fue mi primera noción de lo que es la literatura.

En lo que he cambiado mucho, de manera de pensar, es en cuanto al tipo de sociedad en que deberíamos tratar de vivir; en eso, sí he cambiado muy radicalmente. Creo que el apocalipsis, el exceso, toda esa dimensión terrible y fascinante de la vida, hay que tratar de confinarla en la literatura, en el arte, en el mundo del pensamiento, porque allí es inocuo, pero hay que alejarla completamente de lo que es la organización social y la vida social en lo posible, porque eso significa, irremediablemente, violencia, significa muerte, significa opresión. En ese sentido, vivo yo en una contradicción muy profunda, pero creo que es una contradicción que forma parte de la vida.

Yo, en la política, en lo que es la actividad social, definiendo, estoy constantemente luchando a favor de cosas que parecen ser la negación de todo aquello que hago como escritor, y, sin embargo, me parece que eso es una contradicción no solamente lícita sino inevitable. Yo quiero que la sociedad sea una sociedad abierta, una sociedad tolerante, donde pueda coexistir el hombre en su diversidad más absoluta, de la que hay que tratar de erradicar la violencia por todos los medios, y al mismo tiempo, creo que el hombre tiene derecho a saber lo que es y expresar aquella violencia que lo habita, debe expresarse entre otras cosas a través del arte y a través de la literatura. Lo que hay que impedir es que esa violencia empiece a afectar y a contaminar otro género de actividades, porque entonces el resultado es la muerte, el resultado es la brutalidad, la barbarie...

*—Lo que es curioso es que algunos grandes literatos (qué sé yo, Alberti, Neruda, Ezra Pound) son capaces de expresar la suprema excelencia lírica y al mismo tiempo estar vinculados con un tipo de régimen que es lo contrario.*

—Es perfectamente posible. La historia de la literatura está llena de casos así. Recuerda esa frase de Camus que dice que «un hombre que en un plano es el hombre más inteligente, en otro plano puede ser un pobre infeliz». Un hombre puede ser un altísimo poeta, de una sensibilidad absolutamente extraordinaria, y puede ser literalmente un idiota cuando habla de política. Puede darse también el caso contrario de políticos muy destacados y brillantes y cuando hablan de arte o literatura dicen las cosas más convencionales y más absurdas.

—*Eso es bastante más habitual...*

—Un fenómeno que sí es inquietante es cómo artistas y escritores de altísimo nivel, que conocen a través del oficio que practican, de su vocación lo importante que es la libertad, el derecho de que el hombre pueda hablar, opinar y actuar libremente, sean capaces al mismo tiempo de defender y justificar los regímenes o las ideologías que son la negación de la libertad. Eso es algo que a mí me ha fascinado mucho. Nadie sufre tanto, ¿no es verdad?, cuando la libertad desaparece como los artistas y los escritores, es decir, gentes que necesitan la libertad como el aire para respirar, y, sin embargo, muchas veces ellos han sido los grandes cantores, y los defensores a ultranza de este tipo de ideologías y de regímenes. Eso, es un hecho, es una realidad que, en América Latina sobre todo, está muy presente. En algunos casos se puede hablar de un mero oportunismo, por supuesto. Esos son los casos quizá menos dolorosos, pero en otros casos, no: hay una convicción profunda, casi masoquista, para defender y luchar por el advenimiento de un régimen donde tú vas a ser el primer sacrificado.

—*Pero eso, entre otras cosas gracias a ti, y a Octavio Paz ¿no ha cambiado en Hispanoamérica?*

—Yo creo que comienza a cambiar pero, a diferencia de lo que ocurre en Europa occidental, donde se puede decir que esa batalla está ganada, en cierta forma, en el Tercer Mundo todavía no. Esa es una batalla que todavía está librándose y de resultados desgraciadamente todavía inciertos.

—*Hay otro peligro, quizá, para el intelectual hispanoamericano. Todo intelectual tiene una cierta función profética, de rebelarse contra las opiniones habitualmente aceptadas. Pero yo recuerdo un personaje tuyo, en «Historia de Mayta», que se llama Moisés; es ese tipo de intelectual que está en primer a fila siempre, pero se lleva tan bien con todo el mundo, que no se sabe a favor de qué causas está... ¿No es ese también un peligro, el exceso de contemporización?*

—Bueno, claro. Él es el intelectual acomodaticio y oportunista que hace de su capacidad dialéctica y de su talento fundamentalmente una técnica de supervivencia. Es el intelectual instrumental, puramente instrumental, el intelectual ideal, por ejemplo, para los gobiernos, el intelectual que puede convertirse en correa de transmisión del gobierno...

—*Eso se ve mucho en México, por ejemplo.*

—Mucha. México es el país en América Latina que ha institucionalizado más el reclutamiento del intelectual. Es un caso muy interesante porque se conocen casos como, por ejemplo, los del marxismo, los del fascismo, o los del comunismo, en donde el intelectual o forma parte del sistema (y entonces es automáticamente reclutado, instrumentalizado, y dedicado a ser prácticamente un cortesano) o pasa a ser un disidente, y, entonces, es convertido en una especie de paria, al que puede ocurrirle cualquier cosa, pues vive absolutamente al margen.

Pero el caso de México es un caso que no se conoce, no se menciona y, sin embargo, es un caso muy interesante porque sin ser tan dramático como el de estos países, es un caso en el que el intelectual está muy mediatizado por el poder, lo quiera o no lo quiera. Es un poder, por una parte, flexible que tiende a ayudar al intelectual y al artista mediante distintos tipos de concesiones, prebendas o becas. Un intelectual mexicano que alcanza un cierto prestigio muy fácilmente puede llegar a ser embajador por ejemplo.

Nadie puede negar que una de las obligaciones del gobierno es promover la cultura, la vida artística o la vida literaria. Pero eso tiene un precio y hace al favorecido, de alguna manera, cómplice del sistema. El sistema de México es tan flexible que no le pide al escritor, de ninguna manera, el servilismo, la abyección que le piden los regímenes totalitarios. Le pide una cierta discreción y, en algunos casos, ni siquiera eso; está bien que el intelectual practique la crítica, con lo cual el sistema, ante los ojos del mundo, aparece como un sistema abierto que tolera la disidencia y la crítica. Todo esto resulta verdaderamente endiablado, verdaderamente diabólico, porque, recibiendo prebendas de ese gobierno, al que tu criticas, estás objetivamente actuando con la máxima independencia, haciendo lo que tu crees que debes hacer y, al mismo tiempo, estás interpretando un papel que ha sido diseñado para ti por el propio sistema. El caso más dramático, quizá es lo que ocurrió en México cuando Octavio Paz cumplió setenta años. No existe un crítico más severo del sistema mexicano que Octavio Paz; nadie lo ha denunciado con la lucidez y la precisión con que lo ha hecho él en tantos artículos y ensayos, pero, sobre todo, en «El logro filantrópico». Pero ¿qué ocurre cuando el crítico más severo del sistema cumple setenta años? El PRI y el gobierno mexicano convierten esto prácticamente en una fiesta nacional y abruma a Octavio Paz con los homenajes más extraordinarios, homenajes a los que además no hay manera de escapar. Es un sistema de una inmensa sabiduría, que solo es posible en un país que tiene la vejez y la antigüedad que tiene México; pero, al mismo tiempo, es aterrador. Afortunadamente los otros gobiernos y regímenes latinoamericanos no han tenido nunca ni la inteligencia ni la astucia, ni la habilidad de haber creado algo parecido. A mí ese es un sistema que verdaderamente me aterra, me espanta, porque es un sistema del que indudablemente no hay escapatoria; no hay manera de ser absolutamente independiente en un país donde el régimen tiene esa sagacidad y ese maquiavelismo que en México.

—¿Tú crees que si Tocqueville, a comienzos del siglo xix, pudo hablar de la democracia en el norte de América, el destino de la democracia, en gran medida, se juega ahora no allí sino en América Central y en América del Sur en el momento actual?

—El destino de la democracia para el occidente, no lo diría. Desgraciadamente creo que América Central y América del Sur no cuentan tanto para el destino de la democracia, pero si hay una región del mundo, digamos, donde en este momento se está li-

brando esa batalla, sin ninguna duda, es América Latina. Para mí eso es absolutamente evidente. Creo que en los países de América Latina en estos momentos hay la posibilidad o de que la democracia se enraice efectivamente y estos países sigan lo que es y lo que ha sido la trayectoria de los países occidentales o que, por el contrario, rompan con esa posibilidad y con esa tradición y asuman la dirección diríamos totalitaria, la del caos o la de la satrapía todavía tradicionales. Para mí indiscutiblemente eso es una batalla que se está dando. Lo que acaba de ocurrir en Haití es una cosa sumamente inquietante, porque es el primer revés de un proceso que hasta ahora significaba una democratización sistemática (en algunos casos como Haití muy relativa y muy parcial), pero indudablemente había progresos sistemáticos en ese campo. Es la primera vez que hay un retroceso muy grande; es una cosa para alarmarse muchísimo porque sería muy trágico que se revirtiera la corriente. No hay ninguna duda, es una batalla que no se está librando en ninguna parte como en América Latina, porque en todo el continente hay un proceso de democratización, indiscutiblemente, que está muy amenazado por la crisis económica y por el relativo entusiasmo o compromiso de las élites (tanto intelectuales como económicas y políticas), con este proceso que más o menos aceptan, se designan a él pero no lo asumen con enorme entusiasmo, ni están dispuestos a jugarse el todo por él. Para mí solamente es el sector popular, el que está apoyando el proceso. Es el que quiere la libertad, el que quiere la tolerancia, el que está harto de la violencia de los extremos, el que no podría formularlo, quizás en términos diríamos doctrinarios, pero en la práctica el que lo está aguantando y empujando sin ninguna duda... En cambio en las élites, yo no lo veo. En las élites intelectuales, desde luego, no. Quizá haya tan solo una resignación, después de las dictaduras feroces, es decir naturalmente se vive mejor en una democracia, pero pensar que eso es lo ideal, que eso es lo que queremos, que eso es lo que hay que perfeccionar, mejorar, ese no es un convencimiento profundo de la inteligencia latinoamericana, ni mucho menos. Y los otros, las otras vanguardias económicas, sociales, están muy inquietos con lo que está ocurriendo. Es una batalla difícil de predecir en qué terminará...

—*Tú visitaste Nicaragua y escribiste unos artículos en que parecías ser más optimista de lo que era la media, en el momento en que aparecieron. ¿Tú crees que el proceso nicaragüense puede ser encauzado hacia esa democracia, o, más bien, que ha sido el peso de unas circunstancias exteriores el que ha empujado a ello?*

—Creo que sin el peso de esas circunstancias probablemente otra hubiera sido la evolución de Nicaragua, pero hasta este momento todavía no se puede ser totalmente pesimista. Todavía en Nicaragua pues hay algunos síntomas que justifican una cierta esperanza: esas negociaciones, que aunque no hayan concluido en un acuerdo, pero de todas maneras se negocia. La situación del régimen, por otra parte, es tan absolutamente calamitosa, desde el punto de vista económico, que parece ser un incentivo para la

negociación. Creo que, aunque no hay que tener mucho optimismo, no se puede decir que Nicaragua ya es una segunda Cuba y que ese es un proceso irreversible. Creo que hay una cierta posibilidad, difícil pero todavía existente. Me parece que eso es lo que yo percibí cuando fui y en eso no me he equivocado, porque la definición absoluta, en un sentido o en otro, no se ha producido todavía. El contexto puede ayudar. En toda Centroamérica hay gobiernos civiles, que están sobreviviendo. Se puede hablar, incluso, en algunos casos como Guatemala, de una cierta mejora, indiscutiblemente. Todo eso es un progreso, aunque tímido, respecto a lo que ocurrió hace algunos años.

—*Y ¿tu país? No me queda más remedio que preguntarte sobre tu actitud personal sobre él...*

—Mi país está en una situación muy difícil. Quizá es uno de los países donde precisamente la democracia está más amenazada y es más frágil por la magnitud, por una parte, del problema económico que está golpeando tremendamente a la población; y, en segundo lugar, por la violencia política, el terrorismo. El extremismo violento ha alcanzado una presencia y una fuerza, que ha creado un clima sumamente malo. Pero la esperanza no hay que perderla de ninguna manera: al mismo tiempo hay algunos síntomas que son muy interesantes de cómo ese sector popular, como te decía, es capaz de manifestarse y se ha manifestado la experiencia de mis intervenciones públicas, ha sido, para mí, una experiencia muy alentadora...

—*Tú lo has pasado mal lanzándote a ese terreno...*

—Muy mal, porque eso no estaba dentro de mis planes, ni muchísimo menos. Pero, sin embargo, mira, lo que ha ocurrido allí ha sido para mí una cosa muy estimulante. En un país tan pobre, con la tremenda miseria que hay en el Perú, se supone que eso debería hacer a esa población muy fácilmente sensible a la demagogia colectivista, a la demagogia socializante. Sin embargo, en el momento que nuestro presidente quiso estatizar íntegramente todo el sistema financiero, dar un paso más diríamos hacia un socialismo marxista..., la respuesta democrática: cientos de miles de peruanos, es decir, cientos de miles de pobres, porque en Perú la gente que no es pobre son muy pocos, salieron masivamente a decir no queremos eso de ninguna manera. Evidentemente esos señores y esas señoras no salían allá a defender a los banqueros; salían a defender algo que, para mí, es el sistema democrático, la posibilidad de seguir viviendo dentro de un sistema de legalidad y de libertad que todavía es muy imperfecto. Hay una esperanza, pero las condiciones son inmensamente difíciles. Indudablemente, es uno de los países en que yo creo que en los próximos años se va a poner más a prueba esa democratización que está viviendo América Latina.

—*Y ¿eso te puede implicar a ti personalmente?*

—Mira, una cosa que para mí es muy importante es que mi país no vuelva otra vez a caer en dictaduras, ni dictaduras milita-

res ni, por supuesto, una dictadura «social», entre comillas. Esa es una batalla que, por supuesto, sí voy a dar. Eso me parece que es lo menos que puedo hacer si yo he venido escribiendo y hablando tanto sobre eso, en el momento que en mi país eso se pone a prueba. Sería muy inconsecuente de mi parte que yo me mantuviera al margen.

Nunca estuvo en mis planes una participación activa, casi profesional en política, ni mucho menos, porque yo sé muy bien que hay incompatibilidad total entre lo que es mi vocación y una acción política de esa índole. Pero hay ciertas circunstancias en las que es muy difícil decir «me abstengo». Ojala mi participación pueda ser como ha sido hasta ahora, simplemente la de una persona que opina y que escribe; pero que, en fin, es, sobre todo, un escritor.

Nada me sería más doloroso a mí, aunque fuera provisionalmente, que tener que renunciar a mi vocación. Ya sabes hasta qué punto la vocación para mí es una cosa central, absolutamente, en mi vida, pero hay circunstancias en las que a veces es muy difícil decir no; hay una obligación moral, en ciertos casos, que puede ser la que prevalezca.

*—En esta postura, supongo que lo que te ha podido doler en algún momento ha sido que algunos que eran amigos tuyos no te han comprendido o que incluso te han podido odiar...*

—Desde que rompí con Cuba y empecé a hacer críticas a la izquierda, he sido víctima de tal cantidad de ataques que no diré que estoy curado de espanto, porque hay cierto tipo de ataques que resultan siempre dolorosos, sobre todo de gente a la que tienes un cierto respeto, y porque te parece que hay ciertas formas que siempre se debieran guardar y, sin embargo, no es así. La lucha política, la querrela política en América Latina (creo que en España también ha sido así) tiende a provocar unos excesos que son verdaderamente terribles, pero es un precio que uno tiene que pagar; hay que saber que uno se expone a una contienda política defendiendo cosas que, sobre todo en el campo intelectual, no tienen buena prensa: rompen el estereotipo que es más o menos el *establishment* intelectual; el intelectual antes era conservador, hoy es de izquierdas. Allí la derecha casi no existe, en primer lugar, lo que existen son matices dentro de la izquierda. Si tu infringes esos principios, inmediatamente te conviertes en una especie de pararrayos del vituperio, de la calumnia, del insulto y de la caricatura. Pero el peligro ¿sabes cuál es? El peligro es que eso llegue en un momento dado a ser corruptor; es decir, que te veas arrastrado a actuar del mismo modo; ese es un peligro que hay que afrontar y que, a veces, es muy duro. Yo también soy peruano, latinoamericano., (risa). Pero hay que tratar de contenerse y mantener un mínimo de dignidad. No siempre es fácil; muy, a menudo tienes hasta momentos de contestar sapos y culebras, pero ahí estás perdido. Entonces te han ganado porque te han impuesto las reglas del juego.

JAVIER TUSELL